

Mensajero del Archivo Histórico

Juan Agustín de Espinoza, SJ
de la



Vicerrectoría Académica

Torreón, México. 30-VII-2005

Buzón electrónico: sergio.corona@lag.uia.mx

Página web del Archivo: <http://www.lag.uia.mx/archivo/>

Mensajero. UNESCO: Internet resources, publications, periodicals

http://www.unesco.org/webworld/portal_archives/pages/Internet_Resources/Publications/Periodicals/more2.shtml

Ediciones anteriores del Mensajero:

<http://www.lag.uia.mx/publicaciones/mensajero/catalogo-mensajero.htm>

Mtro. Quintín Balderrama López, sj. Rector
Mtro. Felipe Espinosa Torres, sj. Vicerrector Académico
Dr. Sergio Antonio Corona Páez. Coordinador del Archivo Histórico

Número 81

ÍNDICE

	página
Torreón: su historia, cultura y mentalidad	2
El Mostrador. Universo de fantasmas entrañables	6
Libros del Archivo Histórico	10

Fundador y editor de la revista virtual: Dr. Sergio Antonio Corona Páez
Comité editorial del "Mensajero": Sra. Cristina Solórzano Garibay. Lic. Marco Antonio Morán Ramos. Mtro. Jaime Eduardo Muñoz Vargas. Dr. Sergio Antonio Corona Páez.

Colaborador Honorario en Madrid: Brigada retirado José María Ruiz Ruiz.

TORREÓN: SU HISTORIA, CULTURA Y MENTALIDAD

Dr. Sergio Antonio Corona Páez ¹

¿Qué tienen de singular la ciudad de Torreón y sus habitantes? ¿Por qué muchas personas nos atribuyen un chauvinismo galopante y una autoestima tan grandes como para distinguirnos de otras urbes mexicanas y de sus moradores?

Los torreonenses hemos bautizado a la nuestra como *la ciudad de los grandes esfuerzos*. Y en gran medida este orgullo corresponde a la realidad, ya que nuestra ciudad cuenta con la satisfacción de “haberse hecho a sí misma”, en virtud de su propio trabajo y sin gozar de los beneficios de la capitalidad del estado. Si cualquier persona se pone a revisar cuáles ciudades eran importantes durante el Porfiriato, encontrará que la mayoría eran políticamente significativas. Se trataba de capitales, de cabeceras políticas, y, por lo tanto, económicas. Los recursos estatales se administraban desde las capitales. No tiene nada de raro que la concentración de poder político generara a su vez concentración de poder económico.

Aquí es donde encontramos la excepción, ya que nuestra ciudad nunca tuvo que constituir sede del poder político estatal para convertirse en una ciudad económicamente importante. Torreón es una ciudad de empresarios desde sus inicios. Gran parte de su modernidad radica precisamente en la mentalidad de su gente, que siente verdadera pasión por el trabajo productivo, cualquiera que sea la clase social a la que pertenezca.

Esta mentalidad, esta manera de percibir el trabajo como un factor deseable para la creación de la riqueza, no es nuevo en la región. No llegó con los inmigrantes extranjeros de finales del siglo XIX o principios del XX, aunque de hecho muchos de ellos participaban también de esta valoración. La historia del trabajo en la Comarca Lagunera de Coahuila y Durango tiene una trayectoria de siglos, aunque muy poco, casi nada, se ha escrito sobre este tema.

Sería muy difícil —y falaz— explicar la historia de Torreón sin examinar la historia de la Comarca Lagunera como región económica y como una región generadora de cultura del trabajo. Efectivamente, el área que ahora llamamos Comarca Lagunera

¹ Doctor en Historia y Coordinador del Archivo Histórico *Juan Agustín de Espinoza*, sj de la UIA-Torreón.

coincide fundamentalmente con la que los misioneros jesuitas y las autoridades civiles designaron en 1598 como Alcaldía Mayor de Parras, Laguna y Río de las Nazas.

El primer modelo lagunero de desarrollo de agricultura comercial lo encontramos en Parras, que fue la zona productora de vinos y aguardientes más importante de Nueva España desde el siglo XVII y uno de sus principales mercados.

La producción de vinos y aguardientes parrenses fue el resultado de las afortunadas condiciones climáticas que hicieron posible el cultivo de la *vitis vinifera*. Pero hubo otros factores no menos valiosos: la inmigración de los orgullosos conquistadores españoles y tlaxcaltecas que aportaron amor por el trabajo, visión empresarial, apertura al cambio y la consecuente adopción y generación de innovaciones. Otras etnias aportaron mano de obra, principalmente. En Parras existieron los marcos legales que posibilitaron la tenencia de tierras y aguas, las cuales eran otorgadas directamente por la Corona como mercedes de bienes realengos, o bien como mercedes conferidas por el gobierno del pueblo en su jurisdicción. El marco legal contemplaba asimismo la existencia de la propiedad privada de los medios de producción y los mecanismos para su enajenación (Corona Páez, *Vitivinicultura*, 2004, pp. 180-182). Las rutas de carretas Monterrey-Durango, o bien del Camino Real de la Tierra Adentro Santa Fe-Ciudad de México favorecieron y estimularon el proceso de intercambio de bienes con otras regiones. La producción y riqueza vitivinícola de Santa María de las Parras no tuvo rival en toda la Nueva España. Por otra parte, la unión matrimonial de las familias de los condes de San Pedro del Álamo y la de los marqueses de Aguayo y la unión *de facto* de sus haciendas de Coahuila y Durango, fortalecieron la percepción de la Comarca Lagunera como una región de identidad diferente, con una economía diferente. La ganadería, la agricultura comercial, la aceptación cotidiana del riesgo de la inversión y el amor al trabajo duro y productivo, favorecieron el surgimiento de esta mentalidad empresarial.

El algodonerero surgió como una posibilidad alterna a los viñedos. Existe constancia de que desde 1787 o antes se cultivaba en la región de Parras. Desde 1812, la escasez de textiles de algodón producida por las guerras de independencia en México y las napoleónicas en Europa estimularon grandemente la producción regional de la fibra tanto en Coahuila como en Durango. Puesto que ya existía una tecnología de cultivo, fueron las condiciones favorables del mercado y la capacidad de adaptación de los agricultores las que dispararon este primer auge algodonerero.

Las condiciones de apertura comercial para los textiles de procedencia extranjera durante la tercera década del siglo XIX hicieron que el cultivo del algodón se deprimiera en la Comarca Lagunera. A mediados de siglo y particularmente durante los días de la Guerra Civil de los Estados Unidos, el déficit de la producción algodonera estadounidense y la demanda insatisfecha del mercado internacional volvieron a estimular la producción algodonera regional. A estas circunstancias se sumaron una serie de factores favorables como lo fueron la unión política de los estados de Coahuila y Nuevo León, la disponibilidad de tierras y aguas para la venta a causa del desmembramiento del latifundio de Leonardo Zuloaga, la oferta de créditos refaccionarios y la disponibilidad de mano de obra muy trabajadora.

Torreón surgió como rancho a mediados del siglo XIX, hacia 1850. Era propiedad de Zuloaga, un vasco que hizo un buen matrimonio al casarse con la rica criolla saltillense-parrense Luisa Ibarra. Los primeros habitantes y defensores del rancho del Torreón eran peones agrícolas originarios de ranchos vecinos, laguneros de vieja prosapia a juzgar por sus apellidos.

El caso de Zuloaga es muy ilustrativo para entender muchos otros. El extranjero que migraba a la Comarca Lagunera lo hacía porque, por razones políticas o económicas, se encontraba en necesidad. Zuloaga corrió con suerte al desposarse con una rica heredera. Este pequeño detalle le proporcionó una relevancia económica y social que no sabremos si habría obtenido de otra manera. La decisión para invertir en el cultivo del algodón no surgió de su propia corazonada, sino de muchos pequeños agricultores laguneros que antes que él le habían apostado con éxito. Como empresario, Zuloaga tuvo la suerte de tener a su disposición los haberes necesarios para convertir la siembra del algodón en una empresa de mayor envergadura, justamente como lo hicieron los empresarios laguneros del lado de Durango durante el primer tercio del siglo XIX.

¿Por qué los extranjeros no hacían fortuna en sus países de origen y sí en nuestra región? Poco se ha planteado esta pregunta en los textos historiográficos, y es de capital importancia para entender la naturaleza de La Laguna en cuanto región económica. La respuesta es sencilla. En un esquema capitalista, no basta que un individuo tenga iniciativa o visión para llegar a convertirse en un empresario exitoso. Si fuera así, los extranjeros se hubieran bastado a sí mismos en sus países de origen y no hubieran tenido que viajar a la región. La Comarca Lagunera disponía de bienes de producción —tierras, aguas,

créditos— a los que cualquiera podía aspirar si ahorraba lo suficiente. La región ofrecía muchas fuentes de trabajo que permitían colocarse y obtener estos ahorros; la masa de circulante era suficientemente grande y dinámica como para otorgar poder adquisitivo a un sector significativo de la población. En estas circunstancias de volumen y circulación monetaria, el comercio era muy redituable. La comarca ofrecía además mano de obra muy dispuesta a encarar las condiciones de trabajo duro o intensivo.

Visto lo anterior, sostener el mito de que la mentalidad de trabajo llegó a Torreón con los extranjeros resulta absurdo. Sobre todo si se toma en cuenta el dato proporcionado por el investigador Carlos Castañón, de que los extranjeros nunca constituyeron más del 5% de la población del municipio.

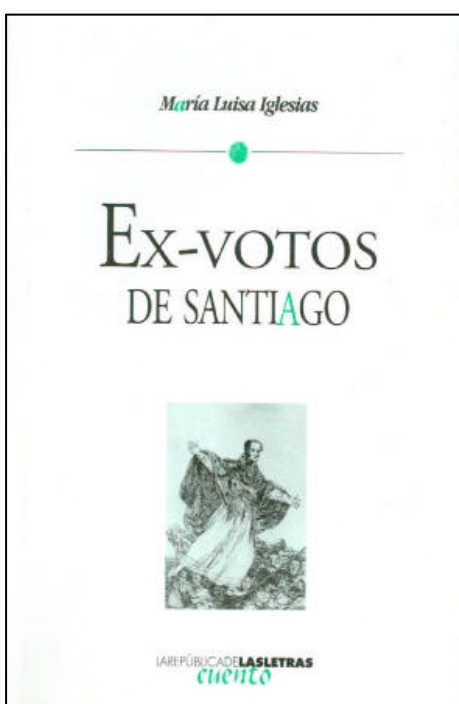
Como sucedió para la economía de Parras en los siglos XVII y XVIII, las vías de comunicación resultaron vitales para la expansión económica de Torreón. Los caminos de aquellos siglos y las rutas ferroviarias a finales del XIX desempeñaron la misma función: facilitar el intercambio y la migración y, por consecuencia, el incremento de la economía y de la masa demográfica. Las rutas ferroviarias consolidaron la vocación productiva —no administrativa— de Torreón.

El 15 de septiembre de 1907, la villa fue elevada al rango de ciudad. En 1910 la región se estaba convirtiendo en un centro capitalista de primer orden. La industria pesada ya florecía, como lo demuestra la fábrica de vagones de ferrocarril y de locomotoras en plena producción en la hacienda de Hornos.

Desde la revolución de 1910, la economía torreonense ha padecido las decisiones de la política nacional. Con la celebración de los Tratados de Bucareli (1923) la comarca renunció a la posibilidad de fabricar maquinaria pesada. Esta posibilidad resurgió cuando los Estados Unidos requirieron de un aliado fuerte, de un socio comercial que les apoyara en las necesidades de una economía de guerra. La subida de Manuel Ávila Camacho al poder en 1940 marcó esta nueva etapa. Poco antes, con el reparto agrario (1936) las grandes unidades productivas agrícolas de la región habían dejado de existir. La gran sequía de finales de los años cincuentas arruinó a muchas familias de Torreón y obligó a otras a emigrar. La caída del mercado algodonero forzó a muchas otras a replantearse sus actividades económicas. El cambio de economía agrícola a economía agropecuaria con el establecimiento de plantas elaboradoras y procesadoras de lácteos ha demostrado ser muy rentable. La valiosa inercia cultural configurada por la secular mentalidad de amor al

trabajo y de apertura al cambio han reorientado constantemente los esfuerzos de los torreonenses hacia la diversificación económica. Siempre alertas para discernir lo que resulta productivo de lo que no, siempre dispuestos a arriesgar invirtiendo, los torreonenses nos valoramos profundamente como personas y como agentes de modernidad. Nos sabemos inmigrantes en una tierra de inmigrantes, y de ahí nuestra calidez y apertura con los que recién llegan. Nos hemos ganado con toda justicia la fama de esforzados, amigables y ¿por qué no?, de gastadores.

EL MOSTRADOR



Aunque publico tardíamente este comentario, entre las sorpresas bibliográficas que me deparó el 2004 fue encontrar una voz poético-narrativa de cuño inconfundible, una voz al mismo tiempo madura y fresca, una expresión que es necesario tener en cuenta de estos

años en adelante cuando hablamos de la literatura coahuilense/lagunera. Me refiero a la de María Luisa Iglesias, quien con *Ex votos de Santiago*, su primer libro, ha logrado hacer grata presencia en la literatura coahuilense actual.

Tengo a la vista la solapa del volumen. No ofrece muchos datos, pero con todo y que son pocos resultan de interés, supongo, para el lector lagunero. Iglesias es oriunda de Mapimí, Durango, y quizá por ese prurito ginecronológico hoy común no sabemos en qué año nació. Estudió ingeniería industrial en electrónica y ha publicado en revistas y “periódicos de la región”.

No es, pues, amplia la trayectoria de Iglesias en el trajín literario, pero eso, por lo que se desprende del libro, no ha sido obstáculo para ella, quien ha armado su primer volumen de cuentos con destrezas que en nada parecen de principiante.

Las 24 piezas del volumen tratan sobre la vida de personajes perdidos en un pueblo también perdido del semidesierto, un minúsculo punto del mapa que puede ser (Santiago de) Mapimí, pero que pudiera ser cualquier otro semejante; en todos los casos la prosa tiene una textura congruente con las historias, llena de giros que nunca son sofocados por un coloquialismo ramplón o de comedia ranchera; la autora logra siempre una estilización del lugar gracias al tenue timbre poético de la narración; lejos de lo que ocurre muy frecuentemente en cuentistas que en realidad nunca han escrito un cuento y que a lo mucho sólo producen textos narrativos breves, María Luisa Iglesias conoce la matriz del cuento clásico, y por eso las historias de *Ex votos de Santiago* agregan el plus del efecto sorpresa bien justificado; María Luisa Iglesias, creo, se aleja del documentalismo y opera con los materiales que le suministra la memoria, el sitio donde han sedimentado sus vivencias.

Sé que María Luisa Iglesias radica en Monclava, y por un mapimense me enteré hace poco que su familia se dedicaba, o se dedica, al comercio en aquella multicientenaria ciudad de La Laguna. Por eso, y por la calidad de su obra, hay que considerar a la autora como una voz destacable en la literatura nuestra, una voz que toca, con brillo estético, la realidad de aquella tierra sin muchos artistas que la inscriban en la república de las letras. Para que se compruebe en vivo lo que vengo sosteniendo, cito un cuento completo (“Zapatos de tacón” es el título) con el pretexto de su brevedad:

“Antes de que su hija se fuera a la ciudad, ella trabajaba en casas desde que amanecía hasta las seis de la tarde. A esa hora ya la estaban esperando los canastos con

ropa para lavar y planchar que le mandaba la señora de la tienda. El resto de la tarde, mientras había luz, se la pasaba en el patio acarreando tinajas y botes porque en el pueblo siempre escasea, seguida por ese perro que anda por todos lados y que a veces se queda echado por horas en su banqueta.

Al principio le apenaba ver a su hija irse los lunes tan temprano, el sueldo era poco y sólo tenía libre la tarde del domingo. Después, la joven cambió de trabajo y le fue muy bien. Siempre andaba muy arreglada, ya no volvió a usar esa ropa vieja, regalo de una patrona anterior y que se la ponía aunque le quedara grande. Aprendió a maquillarse y a usar tacón alto, se dejó crecer las uñas y se pintó el pelo de rubio.

Venía todos los lunes en el autobús de la una, con dos bolsas de mandado, una en cada mano, muerta de cansancio y desvelada; dormía desde que llegaba, hasta las siete y media que compartían la cena, justo a tiempo de alcanzar el último autobús. Con el dinero que le daba su hija arregló la casa; encementó el patio, construyó un baño con agua entubada, compró un fregadero para la cocina y en la tienda de la esquina le empezaron a fiar porque era muy puntual con los abonos.

Desafortunadamente su hija se fue a vivir muy lejos. Se casó con todas las de la ley con un señor muy decente, que la sacó de trabajar.

Ahora sólo recibe unas cartas muy largas, pero a veces está tan cansada que las lee hasta el día siguiente.

Cena los lunes rodeada de los canastos de ropa que le manda la señora de la tienda a las seis de la tarde”.


Ex votos de Santiago puede ser adquirido todavía en el Instituto Coahuilense de Cultura y, supongo, en el circuito de librerías Educal.

Ex votos de Santiago, María Luisa Iglesias, Icocult (Colección La República de las Letras), Saltillo, 2003, 67 pp.

Acequias

Universidad Iberoamericana TORREÓN

Una publicación del
Centro de Difusión
Editorial de la
Universidad
Iberoamericana
Torreón



uia
TORREÓN

Calzada Iberoamericana 2255 C.P. 27010 Torreón, Coah., México
Teléfono (871) 7 29 11 35 - Acequias@laguia.mx

acequias@laguia.mx

Ahora Ud. puede leer estas obras en nuestra biblioteca virtual:

<http://sitio.lag.uia.mx/publico/servicios/archivohistorico/archivo1/ArcHistorico/loborampante/loborampante.htm>

LIBROS DEL ARCHIVO HISTÓRICO JAE

COLECCIÓN LOBO RAMPANTE

pedidos, por favor a: acequias@lag.uia.mx

- 1.- Una disputa vitivinícola en Parras (1679).** Paleografía de Sergio Antonio Corona Páez. Edición de Jaime Muñoz Vargas. \$ 35.00
- 2.- Censo y estadística de Parras (1825).** Paleografía, notas e introducción de Sergio Antonio Corona Páez. Edición de Jaime Muñoz Vargas. \$ 35.00
- 3.- Gerónimo Camargo, indio coahuileño. Una crónica de vida y muerte cotidianas del siglo XVIII** Introducción y notas: Carlos Manuel Valdé Dávila. Paleografía: Sergio Antonio Corona Páez. Edición de Jaime Muñoz Vargas. \$ 35.00
- 4.- Tríptico de Santa María de las Parras. Notas para su historia, geografía y política en tres documentos del siglo XVIII.** Introducción: Sergio Antonio Corona Páez. Paleografía: Manuel Sakanassi Ramírez. Edición: Jaime Muñoz Vargas. \$ 35.00
- 5.- Real espejo novohispano. Una lectura de la Monarquía española según documentos del obispado de Durango (1761-1819).** Introducción y notas: Salvador Bernabéu Albert. Paleografía: Sergio Antonio Corona Páez. Edición: Jaime Muñoz Vargas. \$ 35.00
- 6.- Ataque a la misión de Nadadores. Dos versiones documentales sobre un indio cuechale.** Introducción y notas: Carlos Manuel Valdés Dávila. Paleografía: Sergio Antonio Corona Páez. Edición: Jaime Muñoz Vargas. \$ 35.00
- 7.- Viñedos y vendimias de la Nueva Vizcaya. Los cosecheros privilegiados por la Corona Española en el siglo XVIII.** Sergio Antonio Corona Páez \$ 35.00